

# “Cuando el día se volvió noche” La erupción del volcán santa maría de 1902

Magda Aragón

## Tres cartas y una sola motivación



Vista de los volcanes Santa María y Santiaguito. Foto. Edgar Barillas

### 1. Carta de Plinio el Joven a su amigo Tácito (Baeza y Reyes 1968:31-37)

Me pides te refiera exactamente la muerte de mi tío, para instruir tú de ello a la posteridad. Te lo agradezco, porque considero que a su muerte ha de seguir inmortal gloria, si tú lo celebras. Aunque pereció en una desgracia que desoló hermosos países, y aunque su pérdida, causada por accidente memorable, que le fue común con ciudades y pueblos enteros, debe eternizar su memoria; aunque escribió muchas obras que no perecerán, confío, sin embargo, en que la inmortalidad de las tuyas contribuirá mucho a la que debe esperar. Por mi parte, considero dichosos aquellos a quienes los dioses han concedido la gracia de realizar cosas dignas de ser escritas o de escribirlas dignas de ser leídas; y más afortunados todavía a los favorecidos con ambas gracias. Mi tío ocupará puesto entre los segundos por tus escritos y por los suyos, y esto me impulsa a ejecutar con más gusto todavía órdenes que yo te habría pedido.

Encontrábase en Miseno, donde mandaba la flota. Era el nueve de las calendas de septiembre, cerca de la hora séptima, cuando le advirtió mi madre que se descubría una nube de magnitud y forma extraordinarias. Después de haber estado algún tiempo acostado al sol, según su costumbre, y de haber tomado un baño frío, se había echado sobre un lecho, donde estudiaba. Levantóse y subió a un punto desde donde podía observar bien aquel prodigio. Difícil era distinguir de qué montaña brotaba aquella nube; después se supo que del monte Vesubio. La nube tenía figura de árbol, pareciéndose a un pino más que a otro cualquiera, porque después de elevarse mucho en forma de tronco, se extendía a manera de ramaje: yo creo que un viento subterráneo la impulsaba energicamente y la sostenía, y sea que el impulso amenguase poco a poco, sea que la nube cediera a su propio peso, véasela dilatarse y extenderse, apareciendo en tanto blanca, en tanto negruzca, en tanto de colores diferentes, según que se encontraba más recargada de ceniza o de tierra. Este prodigio sorprendió a mi tío, que era muy sabio, y lo creyó digno de que lo examinase de cerca. Dispuso en seguida que preparasen su nave libúrnica, y me dejó en libertad de acompañarle, respondiéndole yo que prefería estudiar, y por casualidad él me había dado algo que escribir. Salió de su habitación con las tablillas en la mano, cuando las tropas de la flota, que estaban en Retinas, espantadas por la magnitud del peligro (porque este pueblo está precisamente sobre Miseno y no podía salvarse más que por el mar) vinieron a suplicarle que les salvase de tan espantosa amenaza. Pero mi tío no cambió de propósito y prosiguió con valor heroico lo que al principio emprendió por simple curiosidad. Mandó venir naves, embarcó en una, y marchó no solamente para ver qué socorros podía suministrar a los retinos, sino que también a todos los demás pueblos de la costa, muy numerosos por la hermosura de ésta. Apresuróse, pues, a llegar al punto de donde todos huían, y donde parecía mayor el peligro; pero con tal libertad de espíritu, que a medida que advertía algún movimiento o figura extraordinaria en aquel prodigio, hacía observaciones y las dictaba. Conforme se acercaban las naves, caía sobre ellas ceniza más espesa y caliente; ya llovían en derredor piedras calcinadas y guijarros ennegrecidos, quemados y pulverizados por la violencia del fuego; parecía que el mar se retiraba y la playa se hacía inabordable a causa de los pedazos de montaña que la cubrían; habiéndose detenido algunos momentos, dudando si retrocedería, dijo a su piloto, que le aconsejaba ganar la alta mar: “La fortuna favorece al valor, dirige hacia Pomponiano”. Pomponiano se encontraba en Stabia, en paraje separado por un golfo pequeño que forma insensiblemente el mar en aquellas costas encorvadas. Allí, a la vista del peligro, que todavía estaba lejano, pero que se acercaba continuamente, había retirado todos sus muebles a sus naves, esperando solamente para alejarse viento que no fuese tan contrario. Mi tío, a quien aquel mismo viento había favorecido mucho, le abordó, le encontró temblando, le abrazó, tranquilizó y animó; y para disipar con seguridad el temor de su amigo, mandó que le llevasen su baño. Después de bañarse se puso a la mesa y cenó alegremente, o, lo que no es menos admirable, con todas las apariencias de su ordinario regocijo. Sin embargo, veíanse brillar en muchos puntos del monte Vesubio grandes llamas y resplandores, cuya intensidad aumentaban las tinieblas. Para tranquilizar mi tío a los que le acompañaban, les dijo que lo que veían arder eran caseríos abandonados por los temerosos campesinos, y que habían quedado sin auxilio. En seguida se acostó y durmió profundamente, porque, como era robusto, se le oía roncar desde la antecámara. Pero al fin comenzó a llenarse de tanta ceniza el patio por donde se entraba a su habitación, que a poco más no habría podido salir. Despertáronle, salió y

marchó a buscar a Pomponiano y los demás que no se habían acostado. Celebraron consejo y deliberaron si se encerrarían en la casa o si marcharían al campo, porque las casas estaban tan quebrantadas por los frecuentes terremotos, que parecían arrancadas de sus cimientos, y lanzadas en tanto a un lado, en tanto a otro, y después colocadas de nuevo en su puesto. Fuera de la ciudad era temible la caída de piedras, aunque ligeras y disecadas por el fuego. Entre estos dos peligros, optaron por el campo raso. En los de su comitiva, un temor venció al otro; en él la razón más fuerte dominó a la más débil. Salieron, pues, y se cubrieron la cabeza con almohadas atadas con pañuelos, única precaución que tomaron contra lo que caía. El día despuntaba por otro lado, pero en el paraje donde se encontraban continuaba una oscuridad, la más densa y espantosa de todas, apenas interrumpida por la luz de multitud de relámpagos y de otros resplandores. Consideraron conveniente acercarse a la playa y examinar de cerca lo que el mar permitía intentar; pero lo encontraron muy levantado todavía y agitado por viento contrario. Mi tío, habiendo pedido allí agua y bebido dos veces, se tendió sobre un manto que hizo extender, pero enseguida pusieron a todos en fuga llamas que parecían más grandes y olor de azufre que indicaba su proximidad. Levantóse, apoyado en dos criados, y en el momento mismo cayó muerto. Creo que le sofocó humareda demasiado densa, y esto con tanta mayor facilidad, cuanto que tenía el pecho delicado y frecuentemente difícil la respiración. Cuando comenzó a volver la luz (y esto sólo fue tres días después), encontré en el mismo punto su cadáver entero, cubierto con la misma ropa que llevaba al morir, y más en la posición de hombre que descansa que en la de muerto. Entre tanto mi madre y yo permanecemos en Miseno, pero esto no interesa ya a tu historia, puesto que solamente quieres enterarte de la muerte de mi tío. Termino, pues, sin añadir más que una palabra: esto es, que no te he dicho más que lo que vi u oí en aquellos momentos, en que todavía no podía haber sido alterada la verdad de lo que acababa de ocurrir. Tu elegirás lo que te parezca más importante, porque es muy diferente escribir una carta o escribir una historia; escribir a un amigo o escribir para la posteridad. Adiós.

## **2. A su amigo Tácito**

Dices que la carta que te escribí a la muerte de mi tío, que deseabas conocer, te ha excitado el deseo de saber qué temores y qué peligros he soportado en Miseno, donde permanecí, porque en este punto interrumpí mi relato:

“Aunque el recuerdo sólo me estremece...

Comenzaré...”

Habiendo marchado mi tío, continué el estudio que me había impedido seguirle. Tomé un baño, cené, me acosté y dormí algo, aunque con sueño inquieto. Durante muchos días se habían sentido terremotos, extrañándonos muy poco por los sujetos a ellos que están los caseríos y ciudades de la Campania. Durante esta noche aumentó con tal violencia el temblor, que parecía no que conmovía, sino que se derrumbaba todo. Mi madre entró bruscamente en mi habitación y me encontró levantándome para ir a despertarla, si estaba dormida. Nos sentamos en el patio que separaba en corto espacio la casa del mar. Como tenía yo diez y ocho años solamente, ignoro si debo llamar firmeza o prudencia a lo que hice: Pedí el libro de Tito Livio, me puse a leer, y continué extractándole como podía

haberlo hecho en medio de la mayor tranquilidad. Llegó un amigo de mi tío, recién venido de España para verle. Al vernos sentados a mi madre y a mí, teniendo yo un libro en la mano, nos reconvino, a ella por su tranquilidad y a mí por mi confianza. Por mi parte, no levanté los ojos del libro. Eran ya las siete de la mañana y apenas aparecía una luz débil, a manera de crepúsculo. En este momento se conmovieron las habitaciones con sacudidas tan fuertes, que ya no era seguro permanecer en aquel punto que, aunque descubierto, era muy estrecho. Resolvimos salir de la ciudad: asustado el pueblo, nos siguió en tropel, estrechándonos, empujándonos y apelando a lo que en el terror sirve de prudencia; cada cual no creía nada más seguro que hacer lo que veía a los otros. Cuando nos encontramos fuera de la ciudad nos detuvimos, y allí nos asaltaron nuevos prodigios y nuevos terrores. Los carruajes que habíamos llevado, a pesar de encontrarse a campo raso, se agitaban de tal manera, que ni sujetándolos con piedras gruesas se les podía mantener en su sitio. El mar parecía volver sobre sí mismo, como repelido de la orilla por el terremoto. La playa era más ancha, en efecto, y se encontraba llena de diferentes pescados que habían quedado en seco en la orilla. En el opuesto lado veíase una nube negra y horrible, surcada por fuegos que brotaban serpenteando, abriéndose y dejando escapar llamaradas como relámpagos, pero mucho más grandes. Entonces volvió por segunda vez el amigo de que acabo de hablar, instando con mayor ahínco: “Si tu hermano, si tu tío vive, dijo, desea, sin duda, que os salvéis; si ha muerto, ha deseado que le sobreviváis. ¿Qué esperáis? ¿Por qué no os ponéis en salvo? Nosotros le contestamos que no podíamos pensar en nuestra seguridad, mientras estuviésemos inquietos por la muerte de mi tío. El español partió sin esperar más, buscando su salvación en precipitada fuga. Casi en el acto cayó a tierra la nube cubriendo los mares, ocultándonos la isla de Capri, a la que envolvía, y haciéndonos perder de vista el promontorio Miseno. Mi madre me rogó, me instó, me mandó que me pusiera en salvo “de cualquier manera que fuese”, me hizo observar que era cosa fácil a mi edad, y que ella, cargada de años y muy gruesa, no podía hacerlo; que moriría contenta, si no era causa de mi muerte. Yo le dije que no había salvación para mí sin ella; cogíla la mano y la obligué a acompañarme, haciéndolo con trabajo y lamentando lo que me retrasaba. Comenzaba a caer sobre nosotros la ceniza, aunque en pequeña cantidad. Vuelvo la cabeza y veo a la espalda densa humareda que nos perseguía, extendiéndose por el terreno a manera de torrente. “Mientras vemos, dije a mi madre, dejemos el camino carretero, no sea que la multitud que nos sigue nos ahogue en la oscuridad”. Apenas nos habíamos separado, de tal manera aumentaron las tinieblas, que parecía nos encontráramos no en noche oscura, sino en una habitación en que se hubieran apagado todas las luces. No se oían más que lamentos de mujeres, gemidos de niños y gritos de hombres. Uno llamaba a su padre, otro a su hijo, aquél a su esposa, no reconociéndose más que por la voz. Éste deploraba su desgracia, el otro la suerte de sus parientes, habiendo alguno a quien el temor de la muerte le hacía invocar a la muerte misma. Muchos imploraban el auxilio de los dioses, muchos creían que no los había, considerando que esta noche era la última y eterna noche en que había de quedar sepultado el mundo, y ni siquiera faltaban quienes aumentaban el temor razonable y justo con terrores imaginarios y quiméricos, diciendo que en Miseno había caído esto, había ardido lo otro, dando el miedo crédito a sus mentiras. Apareció una claridad que nos anunciaba, no el regreso del día, sino la proximidad del fuego que nos amenazaba; sin embargo, se detuvo lejos de nosotros. Volvió la oscuridad y comenzó de nuevo la lluvia de ceniza más fuerte y más espesa. Veíamos obligados a levantarnos de tiempo en tiempo y

a sacudir las ropas, porque de no hacerlo así, nos habría cubierto y sepultado. Podría alabarme de que en medio de tantos peligros no se me escapó ni una queja, ni un lamento, sosteniéndome la consideración, poco razonable, pero natural al hombre, de que todo el universo perecería conmigo. Al fin se disipó poco a poco aquel denso y negro vapor, desapareciendo por completo como una humareda o una nube. Poco después apareció la luz, se vio el sol, aunque amarillento y a la manera que aparece en los eclipses. Todo aparecía cambiado a nuestros ojos, perturbado todavía, no viendo nada que no estuviese oculto bajo montones de ceniza, como bajo la nieve. Volvimos a Miseno, y cada cual se acomodó lo mejor que pudo, pasando nosotros una noche entre el temor y la esperanza, pero principalmente entre temores, porque continuaba el terremoto. No se veía más que personas asustadas, aumentando su terror y el ajeno con siniestras predicciones. Sin embargo, no se nos ocurrió retirarnos hasta que recibiésemos noticias de mi tío, aunque continuábamos amenazados de un peligro tan espantoso y que tan de cerca habíamos visto. No leerás esto para escribirlo, porque no merece aparecer en tu historia; y solamente debes culparte a ti mismo, que lo has exigido, si ni siquiera lo encuentras digno de una carta. Adiós.

### **1. Carta a mi familia en Alemania, finca Mundo Nuevo, San Marcos, Guatemala (Hannsterin 1995)**

*En la madrugada del sábado, mientras nos congregábamos para tomar café en la baranda de la casa de granja, nos preguntamos en voz alta, ¿por qué el sol no era visible, por qué estaba tan frío y callado y por qué la naturaleza estaba siendo tan silente? Esperábamos un terremoto. Mientras mi amiga se levantó de la mesa para ir a su habitación en el edificio de al lado, ella paró de repente y llamó urgentemente: “¡Miren, miren, está cayendo nieve!” Los caballeros se apresuraron para llegar a su lado, vieron con atención, y declararon que las partículas blancas eran ceniza y pequeñas piedras pómez que parecían arena. Era bastante perturbador, y todos los ojos vieron con terror una temible y oscurecedora nube que se acercaba de Quetzaltenango. Al momento de acercarse, toda la tierra, cada hoja y cada cabeza estaban cubiertas con polvo gris. Se oscureció más y más, y con los corazones acelerados comenzamos a prepararnos para lo que fuera que se avecinaba. Todo el combustible fue traído a la casa, todas las lámparas y fósforos fueron colocados en un punto central y el gallo recién matado fue puesto presurosamente a cocer en una olla con agua. No nos bañamos para conservar el agua, y utilizamos varios otros métodos para limpiarnos. Los trabajadores habían pedido que se les permitiera dejar el trabajo antes, pero aún así habían sido enviados a trabajar en los campos de café; ahora habían vuelto en grandes grupos demandando que se les permitiera dejar de trabajar. Y, naturalmente, se les permitió volver a sus casas. Muy pronto nos encontramos en una oscuridad absoluta, el olor a humo y cenizas impregnó el aire mientras que pómez y cenizas caían más y más fuertemente. En una hora dos libras de cenizas y piedras fueron depositadas en una media hoja de periódico. Para el anochecer ya tenía diez centímetros de profundidad, y con la luz que se tenía disponible tratamos de excavar varias cosas que eran preciadas para nosotros. A cada cierto tiempo los caballeros inspeccionaban las cenizas y arena para determinar si se estaba espesando o no, y también para constatarlos a todos de que aún eran solo cenizas y arena. Temíamos más que todo a las cenizas calientes, pues estas podrían destruirnos. Cada cuatro o cinco horas los trabajadores que*

*vivían en las cercanías y que son muy gentiles y queridos aparecerían para limpiar nuestros techos para que no colapsaran debido a la carga.*

*Pasamos todo el día buscando la luz y el sol, pero la oscuridad era total, y la caída de ceniza creció de diez a quince centímetros. La noche fue exactamente igual, y el siguiente día y noche también, con otros quince centímetros de ceniza agregados a la alfombra acumulada. En la mañana del tercer día observamos un relámpago en el cielo y era posible discernir las formas de los edificios cercanos. Con corazones agradecidos esperamos dar la bienvenida a la luz, pero nuestras esperanzas fueron rotas al regresar la noche. Y así pasó la tercera noche, una noche en que yo habría de recibir un buen susto; me había quedado dormida después de tanta tensión y exhausta y desperté de repente cuando me di cuenta de una luz en mi ventana. Salí de mi cama y corrí hacia la ventana para ver en la dirección de la cual provenían las cenizas, pero solo había un brillo rojizo en cielo. El viento venía de todas las direcciones y podía verse relampaguear detrás de las nubes de ceniza. Yo estaba convencida que eso significaba que las cenizas calientes empezaría a caer sobre nosotros en cualquier momento, y eso era lo que yo más temía. Mi valiente esposo trató de convencerme de que el brillo rojo era el sol tratando de brillar a través de las nubes. Encendí un fósforo para ver la hora y vi que era tan solo la 1:15 a.m. “En ese caso es que las nubes se están levantando y nos permiten a nosotros ver al volcán en llamas y debieras estar feliz de que la ‘lluvia de ceniza’ va a terminar,” dijo él. En eso estaba correcto, y el día llegó un poco después de las 6:00 a.m. Era un día penumbroso, difundido de una luz gris-azulada, pero nos permitía percibir todo. Oh Dios, qué vista aquella; tan lejos como se alcanzaba a ver, todo estaba azul y gris y muerto, como un cementerio de mamut. Las cercas, árboles y grupos de grama eran paisajes fantasmales. Las hojas grandes de plátano y las ramas de los árboles colgaban grises y pesadas, como en aflicción. Todo se había chasqueado, quebrado o roto. De vez en cuando se podía ver donde estaba el sol, pero no podía atravesar con sus rayos el aire repleto de ceniza. Se podía escuchar truenos, pero era raro ver el relámpago; parecía que quería llover, pero el aire era demasiado pesado. Al fin vino la lluvia, una verdadera lluvia tropical que fue recibida con alegría. Lavó y lavó, hoja tras hoja hasta que se volvían verdes y después más verdes; las flores y frutas salieron en esplendor. El aire se volvió más y más puro, y tanto hombre como bestia se le hizo fácil respirar de nuevo. Rápidamente cavamos canales alrededor de los edificios antes de que el agua que estaba cayendo desde las alturas se abriera su propio camino, llevándose todo a su paso. El pasto comenzó a aparecer por partes, y pudimos esperar salvar un poco de ganado.*

*El domingo dos de noviembre, el fuerte sol tropical se abrió paso a través del aire polvoriento por primera vez en ocho días y trató de mostrar el mundo con una luz más amigable. En realidad no ayudaba mucho, todo se veía tan triste, una tierra baldía de piedra pómez y ceniza en el que ocasionalmente se podía ver un parche verde. Estos parches eran las zanjas que la lluvia se había abierto a través de diecisiete centímetros de pómez y ceniza. Árboles desarraigados y ramas quebradas ensuciaban la tierra gris. Todos los pájaros de canto pequeños estaban muertos. Ellos habían venido en grandes bandadas hasta nuestro hogar, habían comido de nuestros platos, y a la siguiente mañana estaban muertos. Un día tuvimos a siete de estos encantadores pajarillos en nuestra habitación*

*junto con algunos cuantos pájaros de canto. Tan solo los loros y los buitres sobrevivieron la semana.*

*La mañana en que empezó la tormenta, nuestras vacas ya habían sido llevadas a pastorear, y sus becerros dejados en los establos. ¿Cómo es que habríamos de devolver a las vacas en la oscuridad y la lluvia para tener leche para nuestros niños? A la mañana siguiente dos hombres decidieron valientemente salir a buscar con lámparas en el pasto densamente cubierto hasta que con suerte se toparon con una de las vacas de leche. Nadie se alegró más que nosotras las madres, ¡nuestros hijos no tendrían que padecer de hambre después de todo! Los pobres becerros fueron perseguidos hasta el pasto para que buscaran a sus madres, nos sentíamos muy mal por ellos, pero era su única oportunidad de sobrevivir.*

*El agua también había sido una gran preocupación, seis hombres saldrían juntos en la oscuridad armados con linternas, ollas para cocinar y hervidores para traer el agua y llenar la gran cisterna de agua en la cocina. ¡Pero que visión era el agua, casi negra! Permanecía negra aún después de filtrarla a través de ropa de tejido apretado, las partículas de arena, tierra y ceniza eran tan finas que no había forma de sacarlas. Con dicha agua cocinábamos, y la comida tenía sabor a arena. La ventilada cocina se había convertido en un lugar asustadizo y fantasmal. Todos los utensilios de cocina estaban cubiertos con el grosor de un dedo de pómez, el hogar y las mesas también estaban cubiertos. Aún si un grupo de carpinteros, plomeros, albañiles y pintores hubiesen estado aquí todos al mismo tiempo, hubiesen podido dejar el desastre que la arena y la lluvia de ceniza habían dejado. Al tercer día los caballeros descubrieron al fin un nacimiento de agua y todos estábamos contentos de tener al menos agua semi-limpia. La lluvia de ceniza y pómez había durado un total de sesenta horas, ¡y qué horas tan largas habían sido! Las esperanzas se habían quebrado y renacido, el miedo y valentía bajado y fluido; nos agrupamos con nuestros hijos en una habitación y tratábamos de darnos valor los unos a los otros. Nadie sabía realmente qué estaba pasando, qué podría desarrollarse, o por cuánto tiempo continuaría así. Y nuestra apariencia; nuestras cabezas estaban cubiertas con polvo y era imposible pasar un peine por nuestro cabello; tampoco podíamos lavarnos realmente en el agua sucia. Gracias a Dios pudimos salir de esto sin ningún daño serio a nuestra salud. Los techos de innumerables edificios descuidados y abandonados sucumbieron debido al peso de la pómez y ceniza y colapsaron. En nuestra finca solo los hogares abandonados de los trabajadores colapsaron, de los cuales los trabajadores habían huido a sus aldeas para poder morir en donde habían nacido, o con esperanza de que la plaga no llegara hasta allá. La mayoría de las fincas se habían quedado sin trabajadores y el trabajo por hacer se había duplicado; esto, en época de cosecha, deletreaba un desastre. Logramos que desenterraran nuestro pequeño huerto de vegetales y guardamos los vegetales. Pasaría un buen tiempo antes de que pudiéramos volver a sembrar.*

*Aún después de nueve días, no sabíamos qué había pasado. El volcán Santa María había explotado, eso era un hecho, después de todo habíamos sido testigos de la luz de fuego y las nubes de humo. ¡Que el cielo nos proteja de tales aflicciones!*

*Ida Hoepfner*

## **Introducción**

Conocer cómo fue y cómo afectó a la sociedad guatemalteca un evento natural como una erupción volcánica, en un país que precisamente se localiza en medio de una cadena de volcanes, muchos de ellos activos, es imperativo.

La historia de los fenómenos naturales, sus formas de manifestarse, sus implicaciones en la vida productiva y cotidiana permite tener una base de conocimientos y de allí partir para proponer políticas de prevención y ayuda.

En territorios como el nuestro en el que periódicamente se convive con tormentas tropicales, sismos y erupciones hace surgir la duda ¿porqué no contamos con mayor número de estudios de estos eventos naturales?

Si se busca información sobre alguno de ellos, como en este caso la erupción del Santa María del año 1902, nos sorprenderemos de la cantidad de fuentes que esperan a que lleguemos a ellas.

Algunas de las fuentes olvidadas como las cartas revelarán una gran cantidad de datos producto de certeras observaciones, vivencias y sentimientos que nos transportarán al contexto y permitirán extraer valiosos conocimientos. Así como el autor en su momento narraba al destinatario lo que estaba viviendo, de igual manera con una nueva lectura de las fuentes que mostraron hechos históricos que provocaron cambios, hoy podemos extraer información útil. Este es el caso de las tres cartas que preceden este trabajo. No solo están llenas de información sino que su lectura es exquisita. La Historia no debe ser aburrida y llena de datos, error que cometemos al tratar de ser rigurosos en el afán de no perder objetividad. Este informe pretende recopilar la mayor información sobre un evento natural como lo fue esa erupción del volcán Santa María en 1902 a partir de fuentes documentales, en este caso, las cartas.

Las primeras dos cartas fueron escritas en el año 79 por Plinio el Joven al historiador Tácito narrándole la muerte de su tío Plinio llamado el Viejo, quien es conocido como un gran científico romano. Plinio el Joven y Plinio el viejo se encontraban en su villa en Miseno, al otro lado de la bahía, enfrente del Vesubio, a 30 km de distancia. Claramente veían la nube que salía del volcán y sentían los movimientos de tierra asociados a la erupción. Plinio el Viejo decidió investigar más de cerca el fenómeno natural. Pese a la lluvia de ceniza y piedras se embarcó con el fin de acercarse al volcán. De ese viaje no regresó, se cree que murió de asfixia por a las emanaciones de dióxido de carbono. Su sobrino y alumno, Plinio el Joven, legó para la posteridad en un par de cartas una excelente descripción de las características de la erupción del Vesubio, la cual ha servido a los vulcanólogos para catalogar erupciones similares en otras partes del mundo, las cuales hoy son conocidas como plinianas.

Como fuente histórica, las epístolas son consideradas como primarias. Los autores no solo refieren hechos personales vinculados a un determinado contexto histórico, sino también



criterios, ideas y sentimientos personales. Su lectura, a la distancia, permite al lector enterarse de todo tipo de temas: hechos y crisis políticas, económicas y sociales, comentarios sobre personajes de la época, ideas artísticas, religiosas, morales o filosóficas, así como inmiscuirse en confidencias amorosas que hacen de su lectura también un placer. En este caso, Plinio ha dejado certeras observaciones mezcladas con sentimientos de angustia e incertidumbre. Es una narración de primera mano, el autor fue testigo de un evento natural que causó gran destrucción y muerte.

La tercera carta es de Ida Hoepfner, joven alemana que había llegado a Guatemala y a la finca Mundo Nuevo, San Marcos en el año 1900. En compañía de su esposo e hijos, algunos amigos y los trabajadores de la finca, vivió los efectos de la erupción del volcán Santa María. Narró las sensaciones y experiencias de esos días, cómo la luz del día fue opacada por una nube negra, la caída una capa de ceniza que cubría las hojas de los árboles y los cafetos y se acumulaba en los techos y patios de las casas. El silencio de la naturaleza, y lo peor de todo es que no sabían qué pasaba. Imaginaban que era un volcán en erupción, pero cuál, ¿cuánto duraría todo aquello? ¿qué les esperaba? La carta nos lleva a la erupción del 24 de octubre de 1902, los destinatarios en un pequeño pueblo alemán la publicaron posteriormente en el periódico local.

Es otra fuente directa que permite conocer cómo fue la erupción del Santa María y relacionarla como pliniana, tomando como base las características de otra erupción similar, la del Vesubio, que siglos atrás fue descrita de tal manera que puede comparársela con la que aquí se dio en 1902. Sin embargo, para obtener el mejor provecho de sus enseñanzas, debemos contextualizar. A ello procederemos ahora.

### **Visión histórica de los volcanes de Guatemala**

La primera descripción geográfica que muestra el relieve montañoso de Guatemala es la que corresponde a la Relación de Zapotitlán de 1579 en la que se detalla la boca costa de la zona del Pacífico. Aunque no menciona con especificidad más que el volcán de Atitlán, si deja gráficamente indicada la importancia de las sierras, ríos, poblaciones, el lago de Atitlán, distancias entre poblaciones, etc. Es una rica descripción geográfica del siglo XVI.



Fig. 1 Mapa de la Relación de Zapotitlán, siglo XVI. (Fuente: Acuña, René. Relaciones Geográficas del siglo 16. Guatemala, UNAM, México, 1982)

En la Recordación Florida, el cronista Francisco Antonio de Fuentes y Guzmán describe la belleza del volcán de Agua en los siguientes términos:

Levántase, por eminente profundidad, a maravillosa y descollada altura, con alegre y desenfadada disposición en su corpulenta forma sin que se le arrime otro monte alto ni bajo que le confunda; dejándose admirar por su descuello a mucha distancia de leguas, examinada y repechada la eminencia de su cumbre (Fuentes y Guzmán, 1932:54).

La descripción y croquis de los volcanes cercanos a la arruinada ciudad de Santiago de Guatemala de julio de 1775, muestra la región y poblaciones afectadas por tal erupción del volcán Pacaya.

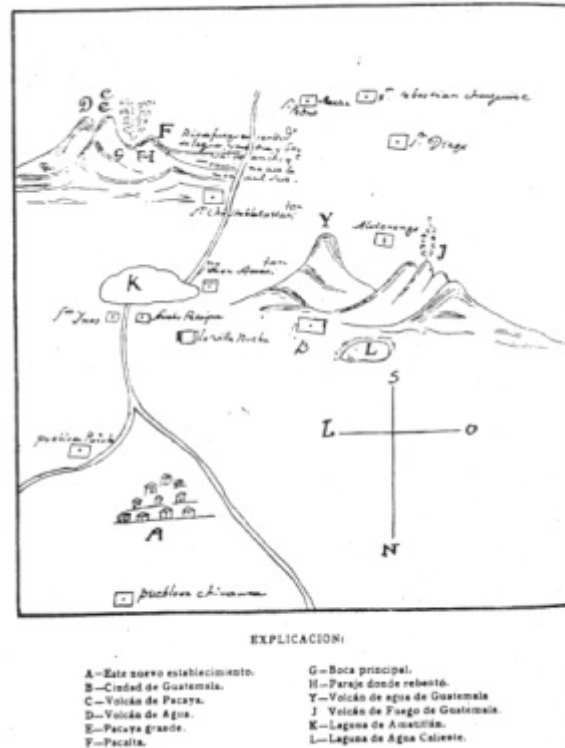


Fig. 2 Croquis de los volcanes de Agua, Fuego, Pacaya y poblaciones adyacentes afectadas por las erupciones, Fuente: Anales de la Sociedad de Geografía e Historia de Guatemala, tomo VII, 1930

Así como Fuentes y Guzmán le dedica extensas páginas a la descripción de las maravillas del paisaje, de la misma manera narra cómo los bramidos de los volcanes espantan a los habitantes que asustados y sorprendidos observan las nubes de humo, los ríos de fuego, se estremecen con los temblores y ruegan a las ánimas por protección sobre sus vidas y haciendas. El anterior esquema muestra la localización de los volcanes y poblaciones afectadas por las erupciones del Pacaya y Fuego.

En la descripción geográfica de la parroquia de Quetzaltenango de Cortés y Larraz de 1770, el mapa sitúa de manera relevante el volcán Santa María a cuyas faltas se encuentra el pequeño poblado de Santa María de Jesús.



Fig. 3 Mapa del curato de Quetzaltenango, Cortés y Larraz, 1770 (Fuente: Cortés y Larraz, Pedro, 1958. Descripción Geográfico Moral de la Diócesis de Goathemala. Biblioteca Goathemala, Sociedad de Geografía e Historia de Guatemala, vol. XX, Guatemala)

De los relatos de los viajeros que durante el siglo XIX estuvieron de paso por Centroamérica, hoy leemos las impresiones que la visión de los volcanes les causó y las bellas pinturas o fotografías de ellos. Caroline Salvin, inglesa que acompañó a su esposo en una estancia por Guatemala durante un año, entre 1873 y 1874, narra y pinta con una fuerte carga emotiva el paisaje, los habitantes y las costumbres de un país tan distinto al suyo:

En el horizonte se veían los volcanes Tajumulco y Tacaná y más allá estaba México. A la izquierda, y un poco más cerca, se elevaba el Santa María y frente a él el pintoresco perfil del Cerro Quemado con un capirote parecido a un sombrero de chimenea; el resto con puntas agudas. Cuando cruzamos el punto más elevado, antes de llegar al rancho, contemplamos los inmensos valles y planicies que se extendían hasta el Pacífico. Primero el Agua, luego el Fuego, elevándose a gran altura en una neblina de color azul suave, y más tarde vimos los volcanes del Lago de Atitlán (Salvin, 2000:272).



Fig. 4 Quetzaltenango con los volcanes Santa María y Cerro Quemado (Fuente: Salvin, Caroline, 2000. Un Paraíso. Diarios guatemaltecos, 1873–1874. Plumsock Mesoamerican Studies, Vermont).

Gustav August Eisen, geólogo y arqueólogo sueco en la primera parte su relato “Un Viaje por Guatemala”, realizado en el año de 1882 describe su impresión de los volcanes observados desde la cubierta del vapor:

Con las primeras luces de una hermosa mañana llegamos a la costa de Centroamérica y me puse a buscar, gemelos en mano, las cimas de los volcanes más cercanos al límite de México y Guatemala. Al poco tiempo pude verlos y al amanecer nos acercamos a la playa sobre la que se alzaban sus figuras. En ninguna otra parte de la tierra se puede contemplar un panorama parecido, con volcanes todos alineados de norte a sur, la mayoría escarpados y regulares de altura majestuosa comparados con la baja superficie de la tierra. Muchos de ellos de más de catorce mil pies de altura y ninguno, según creo, de menos de los doce mil”.

El vapor navegaba muy cerca de la costa, de manera que con los prismáticos se podían divisar los árboles de la playa y sus distintas tonalidades de verde. Desde la costa se alzaba una meseta de tres a cuatro mil pies de altura, sobre la cual se encuentran los volcanes a poca distancia uno del otro y todos más o menos equidistantes del mar. Durante el día hicimos un examen detallado de los volcanes, para deleite de nuestra vista. Al principio desde mar adentro y luego cada vez más cerca, hasta quedar frente a nosotros con toda su inmensidad y belleza. El volcán más septentrional era el Tajumulco. Todos ellos se movían como conos cincelados a medida que avanzábamos. Más tarde vimos el Santa María, con su cono totalmente regular; luego más al sur, el Santa Clara y el San Pedro y el más grandioso de todos, el Atitlán, con sus dos picos, uno de ellos situado más al norte, levemente humeando. Más allá encontramos las cimas del Acatenango y Fuego, este último echando bocanadas de auténtico humo, y con su imponente cumbre piramidal el Volcán de agua, de

unos 13,000 pies de altura, delante del cual se encuentra el siempre vivo Pacaya con sus siete picos (Eisen, 1996:155-171).

Cuando Carlos Sapper ascendió por primera vez al volcán el 6 de julio de 1892 a través del valle del Pinal encontró su cúspide tan nublada que le fue imposible hacer alguna medición. Fue hasta 1923 cuando nuevamente hizo la ascensión que logró hacer mediciones sobre la actividad de la cúpula de lava del Santiaguito que se había formado el año anterior. (Termer, 1956:96) Los estudios y observaciones de Carlos Sapper, producto de sus continuos viajes por Guatemala, Centro América y en particular la recopilación de datos geológicos y vulcanológicos hicieron posible la publicación de uno de los primeros tratados sobre este tema. En 1927 salió a la luz pública “Vulkankunde”, como resultado de la sugerencia del famoso geógrafo Federico Ratzel de la universidad de Leipzig.

En la documentación de una erupción volcánica se toman en cuenta una serie de manifestaciones: fumarolas, emanaciones de gases, ruidos subterráneos y temblores. Todas estas han sido frecuentes en Centro América y se encuentran reportadas históricamente. Muchas veces los retumbos y temblores son precursores, acompañan o siguen a las erupciones volcánicas. Las detonaciones a veces son tan fuertes que se sienten a largas distancias del punto originario como el caso de los fuertes retumbos explosivos que se escucharon en 1902 provenientes del Santa María. Carlos Sapper indica que a veces hay aparentemente relaciones causales entre temblores y erupciones como por ejemplo el terremoto tectónico de Ocosingo del 18 de abril de 1902 que determinó la serie de temblores volcánicos que posteriormente tuvieron al volcán Santa María como punto de procedencia. Fue este terremoto del mes de abril el que destruyó la ciudad de Quezaltenango, luego en octubre sobrevendría otra destrucción por la erupción.

Es posible decir que fue Sapper el primer científico que hizo observaciones de la erupción del Santa María. Cuando se encontraba en México proveniente de Alemania en agosto de 1902, su hermano Ricardo le envió un telegrama desde Cobán con la noticia de que se habían oído en aquella ciudad grandes detonaciones, indudablemente procedentes de una erupción volcánica, pero sin saber cuál era. Inmediatamente Carlos Sapper se embarcó hacia Guatemala, llegando al puerto de San José el día 24 de octubre, inmediatamente se dirigió hacia el occidente del país, enterándose en Sololá que era el Santa María el que hacía erupción. El día 31 de octubre salió de la finca Chocó hacia San Felipe, encontrándose en la zona de la catástrofe. Ya en Quezaltenango subió el Cerro Quemado el 2 de noviembre y al día siguiente el Siete Orejas, cuya cima encontró cubierta de niebla. Al ascender al volcán Chicabal constató que la laguna del cráter estaba cubierta de una capa de pómez de unos 30 centímetros de espesor. Continuó por las fincas de Retalhuleu observando en todas partes los cambios del paisaje que resultaron de la caída de cenizas y la erosión fluvial consiguiente. (Termer 1956:93)

### **Trascendencia de los volcanes en la historia nacional**

Por su ubicación geográfica, Guatemala se localiza en istmo centro americano, unión entre norte y sur América, y en medio de la cadena volcánica del Pacífico. Su historia está ligada a los continuos eventos naturales, tormentas tropicales, sismos, erupciones, que han vinculado a sus pueblos con los periódicos procesos de destrucción y reconstrucción. Pero

algunos de estos eventos como las erupciones, han dejado huella en la fertilidad de los suelos de la faja costera, y recuerdos en la memoria colectiva.

Desde siempre, en los mesoamericanos ha sido tan decisiva la presencia del relieve natural, que los volcanes constantemente aparecen representados y se les menciona en leyendas y mitos, su imagen ha aparecido de variadas formas: escudos, monedas, pinturas, sellos postales, etc.



Fig. 5 Moneda de la República Federal de Centro América y sellos postales en los que aparece la imagen de volcanes (Fuente: Banco Industrial, S.A., 2001. Historia de la Moneda en Guatemala. Exposición Numismática, Guatemala)

La iconografía asocia la representación gráfica de los volcanes con una fuerte carga del simbolismo. Desde tiempos inmemoriales, existe una estrecha relación de los habitantes de esta región, con los elementos del medio natural en el que han vivido y se han desenvuelto. Una de las primeras imágenes creadas a inicios de la etapa colonial es el escudo de la ciudad de Santiago de Guatemala. Desde el siglo XVI hasta hoy, mantiene los mismos elementos con los que fue creado: las figuras de tres volcanes, el de Agua, Fuego y Acatenango; siendo la ciudad construida a las faldas del de Agua, su destino estuvo cercanamente relacionado con la actividad de los volcanes, en los dos primeros emplazamientos en donde se le situó. De igual manera, el escudo de la ciudad de Quetzaltenango también lleva la imagen de un volcán: el Santa María.



Fig. 6 Escudos de la ciudad de Antigua y Quetzaltenango (Fuente: Museo Nacional de Historia, Guatemala).

A partir del siglo XIX el antiguo Reino de Guatemala inició el proceso de formación de la nación. En el proceso de creación de los “símbolos patrios” como herramienta para la formación de la identidad, la imagen de los volcanes ha estado presente. A través de las etapas, primero con la Independencia, luego el intento de integración de la República Federal Centroamericana y los cambios introducidos por los gobiernos liberales de fines de siglo, se ha hecho uso de imágenes con valores simbólicos en los que la temática natural es relevante como una reproducción mental de aspectos sobresalientes del entorno. Cada país centroamericano ha sido representado por un volcán, símbolo de poder y fuerza.



Fig. 7 Escudo del Estado de Guatemala y de la República Federal (Fuente: Museo Nacional de Historia, Guatemala).

Hoy, los volcanes siguen siendo importantes en la visión del paisaje guatemalteco, el ascenso a sus cráteres es fuerte atracción turística, no solo como paseo ecológico sino para



observar los ritos tradicionales indígenas que continúan realizándose en los volcanes, como los de Chicabal. La cima de los volcanes han sido oratorios, como lo describe un montañista de la Federación de Andinismo de Guatemala,

El indígena todavía sigue subiendo a sus oratorios en las altas cumbres de Guatemala; los hemos visto en Chicabal en donde su laguna sagrada está rodeada de oratorios con cruces que han escuchado por años el lamento indígena; en la espectral belleza del Cerro Quemado oímos sus voces confundirse con el lamento del viento; en el 7 Orejas vimos sus cruces de madera sembradas en pequeños hoyos ennegrecidas por el humo del incienso; en el Tajumulco su cruz de piedra; en el Santa María nos encontramos en sus faldas con una familia completa, hasta con el niño pequeño cargado en las espaldas de su madre, que venían del oratorio de la cumbre, en el que encontramos candelas que mecían suavemente sus llamas en la oscuridad de la cueva; en el pequeño Cerro de Oro las candelas yacían derretidas en la tierra frente a una gran roca (Barillas, 1982).



Fig. 8 Laguna de Chicabal. Fotografía: Edgar Barillas

Los estudios etnográficos y arqueológicos de las sociedades mayas interpretan la construcción de pirámides y las entradas a los templos como las representaciones arquitectónicas de entradas a cuevas, muchas de ellas localizadas al pie de montañas. Los símbolos de montañas y volcanes, hacían referencia a lo majestuoso, el ascenso al cielo. La forma iconográfica de la montaña sagrada en relación a cuevas y salidas de agua caliente era el glifo witz. Desde tiempos ancestrales, la cima era lugar para la realización de ritos indígenas, lugar que acerca al hombre al cielo, los cuales continúan hasta hoy, aunque no siempre respetados:

En su cúspide, azotada por los vientos, tenían lugar hace muchos años los ritos extraños de los indios que acabaron cuando la ceguera del fanatismo inmoló las vidas de cinco jóvenes excursionistas, con la persecución tenaz de la autoridad, hasta ahogar esas manifestaciones que perduraban como resabios de épocas lejanas (Quiñónez, 1929:551).

### **El contexto natural**

El volcán Santa María se encuentra localizado en el actual departamento de Quetzaltenango. Forma parte del cinturón volcánico centroamericano de la Sierra Madre, el cual se originó en la era Cuaternaria como resultado de la subducción de la placa de Coco bajo de la del Caribe.

**Santa Maria Volcano, Guatemala**

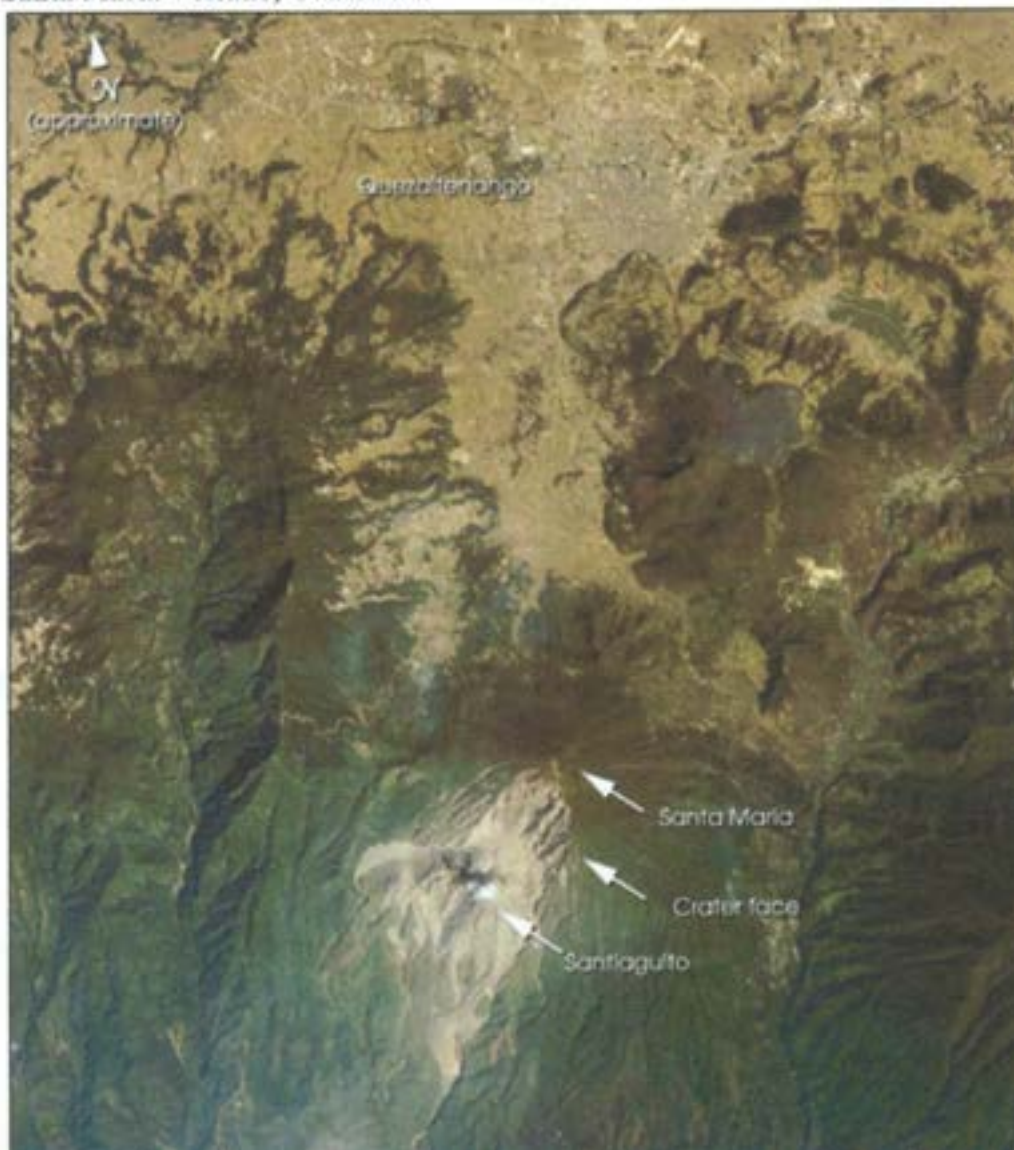


Fig. 9 Fotografía satelital de los cráteres del Santa María y Santiaguillo. Fuente: NASA, tomada en febrero de 2002.

De este cinturón volcánico, Guatemala cuenta en su territorio con algunos de los más activos y de mayor altitud, como el Tacaná de 4,220 metros; Acatenango de 3,976; Santa María de 3,772; el de Agua con 3,766 y el de Fuego de 3,763. Estos volcanes son de forma cónica, constituidos por lavas y piroclastos que brotan de un cráter central. Otro tipo de volcán, el Ipala, es catalogado como una caldera con un cráter ensanchado ocupado por una laguna de gran belleza (Mckay, 2002:70).

Carlos Sapper elaboró una tabla con la localización, altura relativa y absoluta de los volcanes de Centro América, en el caso de los que se encuentran en Guatemala, El Salvador y Nicaragua, las posiciones geográficas fueron determinadas con exactitud por la triangulación efectuada por el Corps I de la Comisión del Ferrocarril Intercontinental en 1892. (Sapper, 1925:3)



Fig. 10 Localización de terremotos y zonas de riesgo sísmico. Fuente: Hall, Carolyn and Héctor Pérez Brignoli, 2003. Historical Atlas of Central America. University of Oklahoma Press: Norman



Fig. 11 Mapa de localización de la cadena volcánica. Hall, Carolyn and Héctor Pérez Brignoli, 2003. Historical Atlas of Central America. University of Oklahoma Press: Norman



Figura 1. Mapa de ubicación general y elementos básicos del área. El complejo Santa María-Santiago forma parte del Cinturón Volcánico de Centro América originado por la influencia de la zona de subducción del Pacífico y su ubicación en la cabecera de la sub-cuenca Nimá I (ríos Nimá I, Nimá II y El Tambor) gobierna la ocurrencia periódica de eventos fluvio-volcánicos. Tomado de Rose (1987b).

Fig. 12 Mapa de la ubicación general del complejo Santa María – Santiago y la zona de la cuenca del río Nimá que acarrea elementos fluvio volcánicos. Fuente: Barillas, Manolo, et al., 2003. Zonificación de amenazas naturales en la cuenca del río Samalá y análisis de vulnerabilidad y riesgo en la población de San Sebastián Retalhuleu, Guatemala, GEOS, Vol. 23, N° 1, pp. 17-24.

Los volcanes forman parte importante de la geografía física de los países donde se localizan, por su altura contribuyen a definir la climatología, inciden en los cambios hidrográficos, la distribución de la fauna y flora, y fundamentalmente la actividad económica ya que la fertilidad de los suelos de la región derivada de las cenizas, permite la producción de volúmenes considerables de productos agrícolas. Circunstancia que hace que a pesar de los riesgos que representa para las poblaciones humanas asentarse en los terrenos inmediatos, lo determinante al fin es la posibilidad de recoger abundantes y ricas cosechas.

La historia nos muestra varios ejemplos de poblaciones asentadas en las faldas de volcanes que han sido sepultadas por las cenizas, el caso más conocido es el de la ciudad de

Pompeya sepultada por las cenizas de Vesubio, tal como lo leímos al principio. Más cercanamente a nosotros, se encuentra el sitio de Joyas de Cerén en la república de El Salvador, llamada la “Pompeya de América”. Es un asentamiento indígena sepultado por las cenizas del volcán Calderas hace aproximadamente 1,400 años. Fue descubierto en 1976, realizándose las primeras excavaciones entre 1978 y 1981. El interés científico de este lugar es que muestra cómo era la vida cotidiana de una población prehispánica. En 1993 fue inscrita por la UNESCO en la lista del Patrimonio Mundial, por lo que actualmente es un sitio de gran interés científico y turístico.

### **La Erupción del volcán Santa María en octubre de 1902**

De cono casi perfecto, con 3,768 metros de altura, el volcán Santa María estuvo inactivo por más de 500 años, por lo menos en el tiempo histórico documentado, no se tenían noticias de actividad previa al año 1902, cuando el 24 de octubre hizo erupción. El volcán es un marco escénico de la ciudad de Xelajú, por lo tanto, resultó drásticamente afectada por este evento, la cual empezaba a recuperarse de la destrucción provocada por un terremoto en abril de ese mismo año. Los dos fenómenos naturales causaron cuantiosos daños también en fincas y aldeas de la región, siendo más catastrófica y de mayor envergadura la erupción, llegando las cenizas y arena que expulsó hasta la vecina Chiapas en México.



Fig. 13 La sexta calle de la ciudad de Quetzaltenango después del terremoto de abril de 1902. Fuente: Álbum del Cincuentenario, Quetzaltenango 18 de abril, 24 de octubre 1902 – 1952, Quetzaltenango



Fig. 14 Calle de la Estación de la ciudad de Quetzaltenango, destrozos por el terremoto de abril de 1902. Fuente: Álbum del Cincuentenario, Quetzaltenango 18 de abril, 24 de octubre 1902 –1952, Quetzaltenango

El Santa María es uno de los volcanes de Guatemala que atrae gran número de visitantes, la ruta de ascenso más usual es la que empieza por el Llano del Pinal, en su lado norte, muy cerca del paraje conocido como Chicavioc. El nombre indígena es Gagxanul, que significa montaña desnuda. En sus faldas se encuentran sembradíos, poco bosque y algunas ovejas (Prahl 1990:82).



Fig. 15 Volcán Santa María desde los llanos del Pinal, 1982. Fotografía: Edgar Barillas

La erupción del 24 de octubre de 1902 ha sido considerada como una de las más violentas y la segunda más destructiva de este tipo del siglo XX, anteriormente sólo la del volcán Cosigüina en 1835 fue tan devastadora en la región centroamericana. Se calcularon aproximadamente 5,000 personas fallecidas y miles de pesos<sup>[1]</sup> en pérdidas agrícolas e infraestructurales como resultado de este evento.

Se le catalogó como erupción pliniana. Las erupciones plinianas van precedidas y acompañadas de fuertes sismos, luego una potente explosión lanza a gran altura, se calcula que la columna del Santa María llegó hasta 28 km de altura, arrojando alrededor de 10 km<sup>3</sup> de material volcánico. Se formó una nube oscura que cubrió la luz del sol durante varios días, la violencia de la erupción duró 36 horas. Las erupciones plinianas forman nubes de gas, ceniza y rocas que se esparcen cubriendo grandes distancias, llamadas flujos piroclásticos. Esta erupción esparció depósitos especialmente de piedra pómez en una



superficie aproximada de 273,000 km<sup>2</sup> hacia el nor-oeste del volcán llegando a alcanzar en algunas regiones hasta 5 metros de espesor (Barillas 2003:7).

Esta erupción causó la formación de un gran cráter en el flanco suroccidental, dando origen al volcán Santiaguito. En 1922 el domo del cráter de la erupción de 1902 empezó a crecer. Desde entonces, este domo ha tenido periódicas erupciones moderadas de flujos de lava y piroclastos como los ocurridos en 1929 y 1973. Son estos flujos que se han depositado en la red hidrográfica de los ríos Nimá I y II, el Tambor y Samalá, los que constituyen el mayor peligro para las poblaciones y la actividad agrícola. Cada año, con el invierno los flujos de lodo han impactado en las poblaciones cercanas hasta el punto de ser necesario trasladar a los habitantes del poblado de El Palmar. Los puentes y la carretera Panamericana CA-2 y los cultivos de la zona resultan seriamente dañados.

En el mes de junio de 1922 el volcán volvió a ser activo, echando humo y cenizas, así llegó al Ministerio de Agricultura el siguiente informe proveniente de la finca Las Mercedes, Colomba, Quetzaltenango:

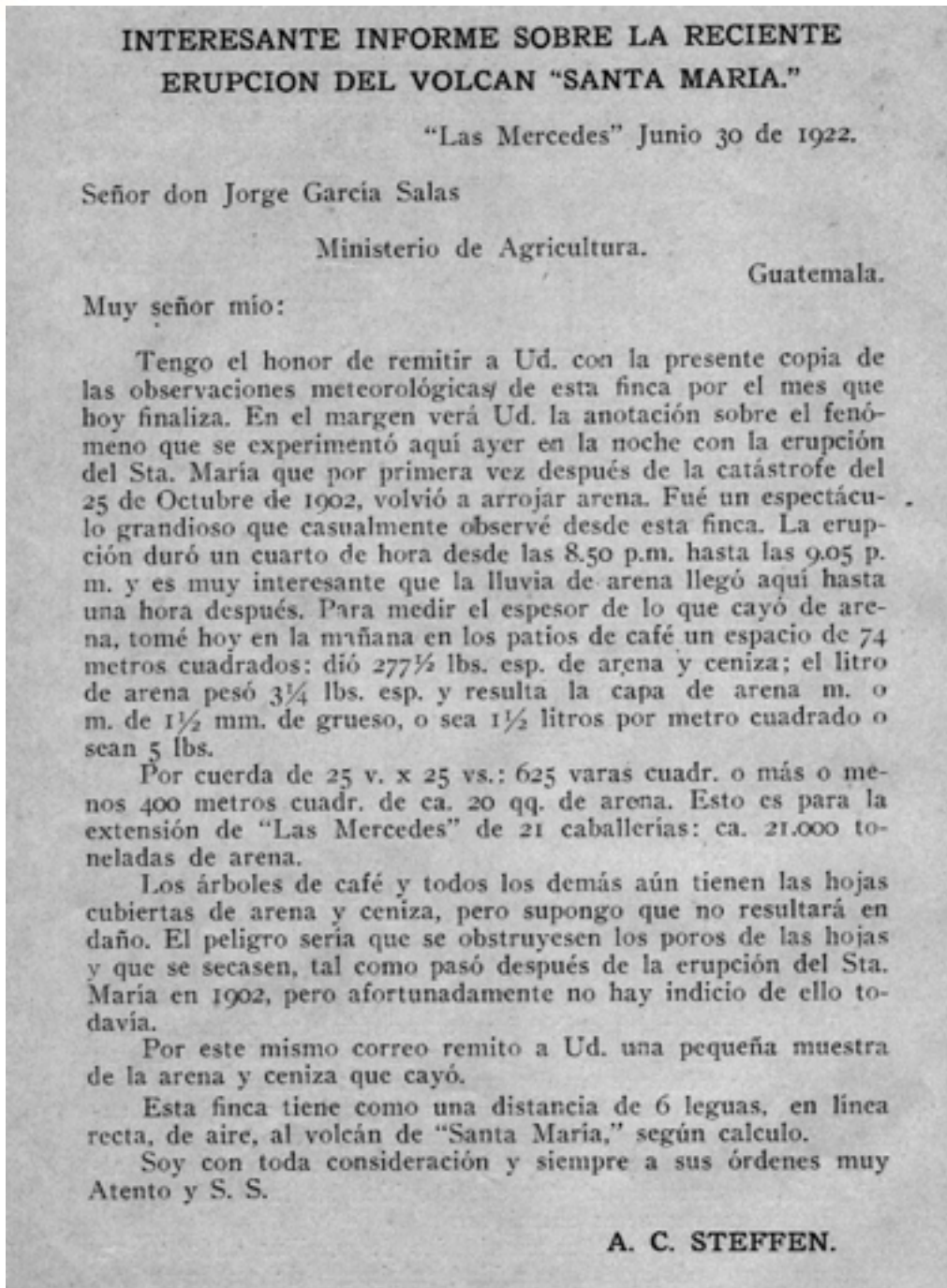


Fig. 16 Boletín de Agricultura, Industria y Comercio, julio de 1922.

Una narración de la erupción del volcán Santa María del 24 de octubre de 1902 indica que a las 5 p.m. se oyó en San Felipe un ruido espantoso parecido al susurro de una cascada enorme durante 5 minutos del lado del volcán; pero no se pudo ver nada por motivo de la mucha neblina. A las 6 de la tarde cayeron en Quetzaltenango arenas de piedra pómez, poco después ceniza; a las 7 se vieron rayos y claridad y se oyó un ruido como de llamas de alto horno. A las 8 se notó desde San Felipe una columna gigantesca de cenizas negras con

multitud de torbellinos girantes ferozmente, atravesada por millares de rayos y de líneas curvas de luz verdusca o roja. Todo el volcán y sus alrededores temblaban continuamente y enormes detonaciones se oyeron hasta 160 kilómetros de distancia; los vientos alisios fuertes llevaron consigo la mayor parte de las materias sueltas de la columna eruptiva hacia ONO a distancias de 800 y más kilómetros; una parte fue llevada por vientos más altos hacia el Norte, y en una extensión grande reinaba durante horas y días enteros oscuridad absoluta. Y con todo eso la violencia de la erupción aumentó todavía y a la una de la madrugada empezaron a caer hasta distancias de 14 kilómetros del volcán rocas macizas de tamaños pequeños y medianos y perforaron las láminas de los techos vecinos con tantos agujeros, que al fin se asemejaban a coladores. En la noche del 25 al 26 se calmó el furor del volcán. El 26 de octubre ocurrió una erupción, cuya nube era blanca en gran parte y es probable que consistía principalmente de vapor de agua (Sapper 1925:27)

En medio de la conmoción, la Jefatura Política y la Corporación Municipal se encargaron de organizar los recursos inmediatos de que disponían para socorrer a las víctimas, organizar la ayuda proveniente de los vecinos que la podían proporcionar y gestionarla al gobierno de la capital. En la ciudad de Guatemala el Presidente Estrada Cabrera y su gabinete estaban ocupados en la organización de los festejos de Minerva. Su respuesta ante la catástrofe fue disminuirla y en el peor del caso, tratar de silenciarla evitando que los medios de prensa divulgaran las dimensiones de la catástrofe en la región occidental del país.

En el extranjero, los primeros informes detallados de la erupción no aparecieron sino hasta el 13 de noviembre de 1902, cuando tanto el San Francisco Call como el San Francisco Chronicle presentaron relatos de damnificados que habían llegado de Guatemala en barcazas (Horst 1995:321)

La respuesta oficial del gobierno central ante las autoridades quezaltecas fue de declarar no disponibilidad de fondos públicos, ya que recientemente se habían empleado en la ayuda para esa misma ciudad, para los damnificados por los terremotos del mes de abril, por lo cual era imposible atender a la petición.

Quedaba en las autoridades locales la atención a la catástrofe. En tales circunstancias, el alcalde de la ciudad, en sesión extraordinaria informó a todos los miembros del consejo que a raíz de la erupción los pastos y siembras de la “la zona de occidente de la República” se arruinaron, por lo que entonces era de esperarse escasez de granos básicos, afectando tal situación especialmente a las personas de escasos recursos. Por tal razón, la corporación municipal decidió que doscientos pesos se invirtieran en la compra de alimentos para ser repartidos entre los más necesitados. Asimismo, el ganado de las haciendas estaba pereciendo ya que o no había pasto para alimentarlo o bien ingerían el que estaba cubierto de ceniza, provocándoles envenenamiento. De esta cuenta, ya empezaron a reportarse pérdidas, no solo por la desaparición de los rebaños sino también por la falta de ganado para rastro y abastecimiento de las carnicerías de la ciudad.

Ante la escasez de alimentos en la región, en sesión del consejo municipal se tomó la decisión de solicitar al gobierno central –la cual fue aprobada– la autorización para

importar libre de gravamen dos mil quintales de harina hasta llegar a completar diez mil, durante los meses siguientes, para hacer frente a la crisis. Esta importación se manejó mediante la convocatoria a licitación pública, haciéndose el convenio entre el mejor oferente y la Municipalidad. La idea original de la municipalidad era también importar ganado vacuno desde Honduras o México, pero tal propuesta fue rechazada.

El concejal de abastos de la municipalidad quedó encargado de administrar la ayuda para los damnificados proveniente no solo de los vecinos de Quetzaltenango sino de toda la que se esperaba llegase de la capital y otros departamentos. Esta proveeduría tenía el carácter de departamental al ser aprobada por la Jefatura Política.

El suministro de agua potable fue otro de los problemas inmediatos. El fontanero de la ciudad practicó desde el día siguiente a la erupción una inspección del acueducto que surtía a la ciudad, no reportando daños al mismo, pero ante las quejas de los vecinos por la falta del vital líquido, las revisiones posteriores indicaron que las cañerías se encontraban obstruidas por la gran cantidad de ceniza y arena que había arrojado el volcán. Tocaba a los vecinos proceder a la limpieza de las mismas y de sus propiedades en general. Para lo cual, la corporación municipal publicó el siguiente bando:



Figura 1. Mapa de ubicación general y elementos básicos del área. El complejo Santa María-Santiago forma parte del Cinturón Volcánico de Centro América originado por la influencia de la zona de subducción del Pacífico y su ubicación en la cabecera de la sub-cuenca Nimá I (los Nimá I, Nimá II y El Tambor) gobierna la ocurrencia periódica de eventos fluvio-volcánicos. Tomado de Rosa (1987b).

Fig. 17 Libro de Actas de la Municipalidad de Quetzaltenango, 1902-1903. Guatemala. Fol. 261

El Comité de Auxilios de la Municipalidad contó con la suma de 15,000 pesos para la limpieza de las calles de la ciudad, la publicación del bando anterior prevenía a los vecinos

que en el término de ocho días se recogería la arena dejada en ciertos puntos de las calles provenientes de la limpieza de las casas.

La evaluación de los daños provocados por la erupción no sólo se lamentaba en los deterioros de casas y edificios sino fundamentalmente en las regiones productoras de café. Éste constituía la principal exportación del país y generadora de beneficios. Los finqueros se apresuraron a cuantificar los daños: las pérdidas de los cafetos, la baja del volumen de la cosecha del grano y pocos trabajadores para recolectar lo salvable, los daños a las vías de acceso (caminos y puentes) y la necesidad de obtener nuevas tierras. Los miembros de la corporación municipal haciendo eco a las quejas de los finqueros, se movilizaron para analizar la posibilidad de conseguir otras tierras que no estuviesen cubiertas de arena, solicitarlas al gobierno e iniciar en ellas nuevas plantaciones. Lo anterior no implicaba desalojar las que ya se poseían, esas continuarían siendo de su propiedad, pero como se encontraban, según ellos inservibles, les era necesario obtener nuevas.

¿Dónde había fértiles tierras, de altitud adecuada, cercanas a la región, en suficiente cantidad y con posibilidades de serles entregadas?

En sesión extraordinaria del sábado 8 de noviembre de 1902 de la corporación municipal de Quetzaltenango, el concejal Fernando Ramírez propuso las medidas que

a su juicio eran las más eficaces para aliviar los grandes males que ha ocasionado la erupción del volcán de Santa María en las ricas zonas cafeteras del Tumbador, Chuvá, Costa Cuca, El Holhuitz, El Palmar y Costa Grande y prevenir a la vez las angustiosas situaciones que necesariamente sobrevendrán con motivo a tan inmensa desgracia...

porque por la cantidad y el tipo de materiales que arrojó el volcán, se han destruido muchas plantaciones de café y caña, secándose hasta quedar

...esos campos antes fértiles convertidos en desiertos de arena como hoy se ve a simple vista. Las pérdidas pues, son incalculables y por consiguiente la riqueza pública ha disminuido de manera extraordinaria. En ese concepto como única tabla de salvación, me permito proponer que se solicite del Supremo Gobierno la expropiación de los terrenos de `Panaché` grande y pequeño, cuyos terrenos parecen corresponder al Departamento de Sololá y están poseídos por los naturales de Santa Catarina Nahualá.

El ponente argumentaba que en otras ocasiones los miembros de la corporación municipal siempre habían estado anuentes a tomar en consideración los elementos que redunden impulsar el progreso y adelanto de “esta rica sección Occidental”, y por tanto, en bien de los intereses de la región. En tal virtud, se pide que por medio de la corporación municipal se eleve al Superior Gobierno la petición de expropiación de tales terrenos. Planteada la propuesta, después de una ligera discusión entre los presentes, se aprobó y decidió integrar una comisión que se encargaría de redactar la petición formal, la cual estaba firmada por los miembros de la municipalidad y vecinos.

El 12 de noviembre fue convocada otra sesión extraordinaria con el objeto de nombrar la comisión que debía entregar personalmente al Señor Presidente de la República la solicitud de expropiación de los terrenos antes mencionados.

Puestos de acuerdo los presentes, fueron nombrados: Rafael Díaz, General don Manuel L. Barillas, Coronel Encarnación Juárez, Dr. Antonio López, Benjamín Herrarte<sup>[2]</sup> y Fermín Muñoz por parte de los agricultores y por la de la Municipalidad a los Srs. Alcalde 1º don Mariano López y Concejal Fernando Ramírez. Ellos deberán ir a la capital y los gastos de la comisión costeados por los vecinos para lo que se recogieron fondos.

De las diligencias realizadas por los comisionados en la capital, se informaba en sesión ordinaria del 9 de diciembre. El Presidente Estrada Cabrera les respondió no poder acceder a la petición de expropiación de los terrenos solicitados en Sololá, “por motivos poderosos y atendibles”, pero en sí podía a cambio ayudar a los damnificados de Occidente con,

... lo que sea necesario en los de San Miguel Uspantán,<sup>[3]</sup> departamento del Quiché y con cuatrocientas caballerías más o menos en Panam, departamento de Suchitepéquez y Sololá. Que para la pronta terminación de este asunto quedó en la capital el señor Rafael Díaz en representación de la Comisión quien a su regreso traerá los documentos respectivos.

Las diligencias anteriores son otro caso que ilustra cómo un evento natural afecta a los grupos sociales de distinta manera. Desde la época colonial las crónicas de fenómenos naturales catastróficos como sismos y erupciones que destruían edificaciones y producciones, afectaban a todos los habitantes pero para los indios si eran verdaderamente catastróficas, no solo porque también perdían a parientes y amigos, sus casas y cosechas, sino además eran obligados a trabajar en las labores de reconstrucción.

La erupción del Santa María de 1902 afectó a todos los habitantes de la región sur occidental del país destruyendo cosechas, casas y la infraestructura, pero los terratenientes vieron la oportunidad de resarcirse de los daños obteniendo otras tierras. Y no cualquier tierra, sino las que ya estaban en poder de grupos indígenas. Los finqueros también se quejaban de la fuga de los trabajadores, no disponiendo de mano de obra para limpiar y recolectar los granos de café que fueran salvables.

1902 fue un año catastrófico para la región de Los Altos, devastaciones provocadas por terremotos y erupciones, los habitantes lamentaban las pérdidas de vidas y bienes. En esas condiciones, los accionistas del Banco de Occidente, institución que financiaba la actividad productiva analizaba la conveniencia de trasladarse a la capital. Si bien el banco se fundó en la zona que prometía beneficios y progreso como resultado de la pujanza de la producción de las fincas de café y su exportación, ante tanto desastre que destruía no solo poblaciones sino también los medios productivos, se evaluaba su capacidad financiera para seguir enfrentando las demandas de crédito de los afectados. La respuesta de los clientes fue inmediata: pedir a las autoridades su intervención para evitar el traslado, tomando en cuenta que los estatutos del banco estipulaban su sede de operaciones en la ciudad de Quetzaltenango.

### **Consecuencias de la erupción**

Como la erupción sorprendió a muchos finqueros y sus trabajadores en sus propiedades, y no tenían una explicación, solo les quedaba encomendarse a los santos, aterrados de lo que veían y sentían. Todos temían lo peor, creyendo que el fin del mundo se acercaba. En su desesperación se hicieron promesas al Dios Todopoderoso que si salían con vida de esa calamidad, le retornarían el favor de distinta manera.

Uno de esos finqueros agradecidos fue Felipe Yurrita, propietario de la finca de café Ferrol ubicada en el departamento de San Marcos. La historia familiar contada por la hija Carmen Yurrita Maury, menciona que una de las razones por las que su padre construyó la iglesia de Nuestra Señora de las Angustias fue para cumplir con una promesa,

porque él y sus trabajadores creían que fue la Virgen quien les salvó de la erupción volcánica del volcán Santa María ... Cuando se estaban acabando los alimentos «mi padre decidió improvisar un pequeño altar sobre unos sacos de café y puso sobre él un cuadrito de la Virgen de las Angustias que él siempre llevaba consigo... que él había traído cuando vino a Guatemala». Frente al altar dispusieron rezar el rosario y, en el momento de la letanía, la caída de ceniza cesó. Al salir del refugio, pudieron observar que la ceniza había soterrado los cafetales, pero luego se produjo una serie de fuertes lluvias que ocasionó el desborde de ríos y correntadas que libraron los árboles de café. De tal manera que ese año se alcanzó la mejor cosecha (Chajón 2005:6).

Gracias a una promesa cumplida, el inventario de los bienes arquitectónicos patrimoniales del país se vio enriquecido con un templo de un estilo catalogado por especialistas como de influencia gaudiana, al que se suma la riqueza interior con el trabajo de ornamentación y talla de madera.

A la región occidental del país, escenario directo de la erupción le tomó meses y años la recuperación de la naturaleza. Los terrenos bajos de la costa y los cauces de los ríos fueron alterados después de depositarse en ellos grandes cantidades de rocas y ceniza, provocando inundaciones. Grandes extensiones de vegetación destruida, en muchos casos selva virgen y por tanto, también la fauna asociada a ella. El desequilibrio de la naturaleza se manifestó en un incremento de insectos. Plagas de mosquitos elevaron el número de casos de malaria. Las ratas se multiplicaron y los pájaros disminuyeron. (Horst, 1995:324)

Pero lo más lamentable fue la gran cantidad de pérdidas de vidas humanas, muchos murieron bajo el peso de la ceniza que se acumuló en los techos de sus viviendas, los cuales se derrumbaron. Casas y siembras destruidas completamente. Puentes y caminos dañados.

En Comitán, México, la erupción del volcán en 1902 y la lluvia de ceniza quedó en la memoria de las personas mayores, para algunas de ellas, todavía en el año 2002 cuando se conmemoraba el centenario de la erupción, seguían utilizando la fecha del 25 de octubre como referencia de edad de las personas, especialmente en las áreas rurales. “Si nací el año de la erupción, entonces tengo... tantos años. (Guillén 2002: 26).

Al final, cuando los efectos inmediatos de una catástrofe natural pasan, son mayoritariamente las personas de escasos recursos las que se quedan padeciendo a largo plazo las consecuencias del fenómeno. A medida que las poblaciones crecen demográfica y numéricamente en regiones inmediatas a volcanes, es mayor la vulnerabilidad de los habitantes y la consiguiente pérdida de sus instalaciones habitacionales y recursos agrícolas y pecuarios.

La ayuda gubernamental e internacional se presenta temporalmente para mitigar los daños, pero a futuro, en países como Guatemala, vulnerable a los efectos de continuos eventos naturales, no se cuenta con políticas permanentes de información, capacitación e implementación de programas que atiendan especialmente a las poblaciones establecidas en áreas de riesgo. El primer paso debe ser dar a conocer la historia de los distintos eventos naturales que se han presentado en la región, para entender sus características y efectos, y partiendo de allí, diseñar las estrategias de atención y respuesta ante ellos.

---

[1] El peso era la moneda de uso corriente en Guatemala en esa época, la cual fue sustituida por el Quetzal en 1924.

[2] En 1929, Benjamín Herrarte aparece en el Directorio General de Guatemala como propietario de las fincas San Carlos y La Unidad en el municipio de Colomba. El expresidente Lisandro Barillas también era uno de los más grandes finqueros del país con propiedades en esa región.

[3] El común del pueblo de San Miguel Uspantán, Totonicapán poseía el expediente de la titulación de sus ejidos desde 1844. Índice general del archivo del extinguido juzgado privativo de tierras depositado en la Escribanía de Cámara del Supremo Gobierno de la República de Guatemala, pág. 471.